

MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA

Por ESTHER DE CACERES

PARA hablar de María Eugenia Vaz Ferreira quisiera yo prescindir de todos esos datos que son la obligada introducción de los antologistas. Entrar libremente, plenamente, en el sentido mismo de su vida y de su obra.

Si hubiéramos de dar fechas a propósito ello tendría un solo interés: señalar cómo apareció, milagrosamente, en una época en que las gentes pensaban y vivían de una manera muy distinta a la que fué la suya. Los poetas escribían de una manera muy distinta a la que la caracterizó.

Esto serviría para demostrar una vez más, cuán falso es ese concepto materialista que atribuye la relación del creador en el medio con la época y con el momento.

Otra cosa de relativo interés sería el destacar cómo en María E. Vaz Ferreira ser profesora de literatura fué tan sólo una piedra de toque más para probar su libertad de espíritu, mal nos avenimos a que un poeta verdadero sea profesor de literatura.

Ella, sin embargo, lo fué sin que la cátedra significase para ella lo que para casi todos: una rémora, una fuerza de inhibición.

Desde la Cátedra se sentía absolutamente igual a sí misma, siempre extraordinariamente buena, y siempre con su hijo y raro encanto.

Todo en María Eugenia era extraño al medio: por eso parecía un milagro. Todo en María Eugenia era nuevo, y tan espontáneo que mirándola y oyéndola se pensaba en los niños o en los santos.

Bastaba verla para percibir algo tan personal, tan original, tan bello que en seguida el corazón se encendía en una simpatía vivísima que era desde ya para siempre.

Tenía María Eugenia una finísima generosidad, era de los pocos que saben el arte de darse.

Y ella se daba, en su voz, en su risa, en su ritmo, en todo su gesto amigo como el de madre.

¡Era tan superior a todos los seres que la rodeaban!

Así, a pesar de que tenía muchos amigos, los que la recuerden siempre la verán sola, de una soledad inmensa, trágica y austera. Una soledad sin tristeza, sin lágrimas y sin esperanza.

Soledad absoluta.

Y esto era un milagro más. Porque ¿quién sabe estar solo? ¿Y quién sabe, aún, estar solo sin tristeza, sin lágrima y sin esperanza?

De esta vida en soledad sale el sentido heroico de María Eugenia.

El que sabe estar solo ya ha entrado en el camino de la profundidad.

También hay que decir, de paso, la verdad amarga. Al que sabe estar solo ya nadie le va a perdonar su libertad y su sentido heroico.

María Eugenia era de esos seres a quienes se les ve la claridad en la cara, y que convencen como el corazón de un niño. Los mercaderes no se lo perdonaron nunca.

Ella tenía la íntima y callada seguridad de que no podían comprenderla; sabía que los otros eran limitados y que pocos son los que tienen el "don de gracia". Por eso se daba con cierta amargura escéptica que nunca alcanzó a disminuir el tesoro con que día a día nos hacía regalo.

Profundamente inteligente y profundamente intuitiva, María Eugenia sentía bien el corazón de los otros: por eso alguna vez paso por su mirada o por su voz una ironía un poco amorosa, con mucho de dulce compasión. Solamente desde esa generosidad se puede ser piadoso para los que no comprenden.

Pero con una piedad sin impureza y sin menguadas cosas de lo que no es espíritu. Es que todo ella lo hacía con libertad, una libertad íntima, tan segura como todo lo que está en el espíritu.

Por eso nos dió la lección de lo que es una mujer libre: era pura, pura, en toda la pureza de su Libertad.

Libre de todas las cosas de la tierra, libre de límites, libre de elegías y de penas y con una firmeza de Eternidad.

Dice su verso:

"Mas seguí torvamente y tristemente porque también me unieron en mal hora, con sedes y ambiciones sobrehumanas con deseos profundos e imposibles: y voy como vosotros también inaccesible e impotente cargando a la cruz de la quimera ajustada a la sien la ardua corona sin poder claudicar y sin tocar la carne de la vida, jamás, jamás, jamás".

"Ardua corona": nada más en sus anchas sienes; que no supieron descanso.

"Ardua corona" hasta la hora del viaje; "ardua corona", extraño don de los cantos.

Y porque era libre, "sin poder claudicar", sin ataduras a las cosas de aquí; porque era libre fué un Poeta, en este país

en que a pesar de lo que parece y de lo que cree el común de las gentes, hay tan pocos poetas.

Cuando se lee lo que los críticos de la Literatura han dicho de María Eugenia, siente uno que el lenguaje de ellos, hecho de las fórmulas de todos los días no alcanza. Hasta los más seguros dejan de serlo.

Es evidente que no sirve la misma medida, la misma palabra, la misma técnica de los críticos.

Esto pasa porque los versos de María Eugenia son de una libertad y una fuerza distantes de nosotros.

Ella lo dijo en ese maravilloso poema "El Regreso" en donde he encontrado, con el corazón encendido de sorpresa y de noble pasión, un verso de rara profundidad: "Y no tengo camino".

"Y no tengo camino". En vano algún crítico había querido clasificar, hablar de escuelas: sin muy agudo ingenio se percibe en seguida que ese crítico ha de perderse.

"Y no tengo camino".

No hay las escuelas; ni el ritmo hecho, ni lo que puede clasificarse; hay Poesía, poesía, poesía, y una libertad que hace el más fuerte encanto y el motivo fundamental de la Poesía de María Eugenia; la misma que hizo el motivo fundamental y el fuerte encanto de su vida.

Así, vida y obra están unidas por un punto de origen, por un carácter y una fuerza únicos. Hay una sola corriente: hay la Libertad; hay el Espíritu.

"Y no tengo camino".

Hay que no tener camino: olvidar el paso, el ritmo y lo que pueda ser inercia, pereza y todas esas cosas físicas que hacen la necesidad del camino.

El camino es lo fácil; lo que no sale de uno mismo, por él van poetas y mercaderes, algunos que comprenden y los que no comprenden.

Pero el que lleva la luz íntima, el que ha conquistado con difícil trabajo interior su verdad o su locura no necesita camino; ni lo quiere ni lo ve. Este es el Poeta, y ya desde entonces está en soledad; una soledad sin camino... Aquí está lo que diferencia a María Eugenia de los otros. ¡Qué pocos habrán logrado como ella ese sentido de la libertad, esa íntima luz, esa cosa segura que sólo está en el Espíritu y que sola da toda la línea heroica de una vida. Y todavía más y por lo mismo, el sentido de la Eternidad!

En los versos de María Eugenia todo es como en su vida; austeridad, luz interior, Espíritu.

Pocas veces habla de cosas concretas de la vida exterior, pocas veces se refiere a cosas objetivas. Cuando lo hace es claro que no hay nada que nos aleje de la pureza. María Eugenia siempre hubiera estado salvada.

"Voz beata", "Invitación al olvido", "Los desterrados", "Balada de las dulces perlas", tienen ligeras alusiones, referencias que apenas pasan.

Pero estas fugas a lo exterior, estas relaciones con cosas de fuera, con cosas más o menos concretas son muy raras en la Poesía de María Eugenia. Son además apenas tangenciales y si nos referimos a ellas es para señalar precisamente que poco hay de esto en toda la obra. Lo que domina, lo que hay (en la esencia de todos los poemas, es ese matiz purísimo, de una lejanía extraña, inefable. Es una voz que sale de adentro, es una voz sin palabras, que se escapa del verso, y nos llega y nos convence. Esto no se lee con los ojos ni se oye con los oídos.

Esto es lo que hay más allá del verso. Hasta el más limitado a los sentidos percibirá, más o menos, que hay aquí algo que no se ve con los ojos ni se oye con los oídos.

Música interior; la única música. Uno se olvida de las cosas y de las palabras para entrar en un mundo de cosas esenciales: se entra como en una lejanía: anchas puertas de un mundo distinto: visión de mares "sin nombre y sin orillas" ciclos de una soledad absoluta; matices que no son del color sino de algo más íntimo, más profundo y más libre.

Antes que se levante la arquitectura de la imagen no tenemos más que el lenguaje sin profundidad, la obediencia, y cuando nos transporta la pasión íntima de la extensión pura en la profundidad del ritmo, sin memoria del lenguaje, nuestra idea de proporción no puede ser la del objeto sino la de la imagen. Hechizo letárgico contra el desvelo de la gracia, eso es tu extensión: modo de ensordecer el medio para convertirlo en artificio o para quedarte en el dedo del oficio y no en la vocación mística de la aptitud, y en esta privación de la desenvoltura heroica, sólo hallas la proporción sin ritmo, la pasajera relación del objeto con el objeto y lo plástico en lo espiritual no es relación sino tensión y no deformación vista con obediencia.

Ahora te empaña una tristeza vaga cuando yo te hablo de la soledad; tú no concibes el ir solitario creando; supones que vivir es estar mezclado y cuando no sientes esta mezcla fría, de mortero, y no el dolor en vivo crisol, te parece que la soledad es no tener caminos. Sin embargo, la tragedia del espacio es para el que está despojándose y la imagen verdadera es la desnuda, la semejante al girasol que no obedece; que se pone a la luz suya más que a la luz de todos y anda sobre su propio contorno, iluminándose, aclarándose sobre el perfil de la propia unidad, en la poesía de su espacio interior. Así es lo místico, girasol de la eternidad!

Por eso confundes el propósito de la firmeza con esta posición de mantenerse duro entre tus límites, y por eso estableces todo tu destino sobre el falso consuelo que tiene el permanecer, forzosamente, sobre un soporte viejo, en vez de soñarte el poema rítmico de su equilibrio.

Y porque estás soportado, sientas agrietarse tu corazón y de esta perplejidad brota lo agrio, lo descolorido y lo rezumado, aunque no lo adviertas; una grieta no duele y el dolor puro no hace ninguna grieta porque no parte el espíritu y sólo se rompe la materia transida. Lo que nos equilibra no es triste apaciguamiento sino ansiedad purísima, sin lastre alguno y sin recuerdo y sin grieta de aquella amarga hechura anterior; es música de la criatura cuando el dolor evita mezclarnos, que es todo lo que cuesta estar en alegría.

Así "sin lastre alguno y sin recuerdo y sin grieta de aquella amarga hechura anterior", así hemos de entrar en la Isla de los Cánticos.

"Oh noche, yo tendría una palma futura desplegada sobre el gran desierto si tú me das por una sola noche tu corazón de terciopelo negro, y yo, al compás de su morena sangre, canto con las ondas beatas el sacro silencio. Mi canto será vivo sólo por el deseo de serenar la cotidiana angustia. Oh! noche, yo te quiero sin el fulgor de luminosos astros sin marinos clamores, y sin la voz que finge en los cráneos sonoros el rumor de los vientos.

Oh! dulce noche mía, oh dulce noche!... Aunque el glorioso pájaro del alba rompa después mi lapidario sueño un polvo de inquietud arda en mis ojos y me seas de nuevo sólo una palma antigua, replegada, sobre el gran desierto".

Noche sin astros, sin clamores, sin rumor de los vientos. Soledad de toda cosa; noche absoluta: la verdadera noche.

Así entra María Eugenia en soledad: ya no tiene esperanza, más que eso otro de calidad inefable y rarísima que es el "esperar sin esperanza": ya está de vuelta, con los ojos secos y el corazón en paz. Así lo dice en ese bello poema "El ataúd flotante" en el que vive hasta el gesto de María Eugenia Vaz Ferreira:

"Mi esperanza, yo sé que tú estás muerta, no tienes de los vivos más que la inestable fluctuación perpetua; no sé si un tiempo vigorosa fuiste, ahora estás muerta. Te han roído quién sabe qué larvas metafísicas que hicieron entre tu dulce carne su cosecha.

Ya te he visto venir, blanca y piadosa como un santo espíritu sobre el vaivén de las marinas ondas; te he visto en el fulgor de las estrellas y hasta los bordes de mi quieta planta danzan tus lamas en festivas rondas. Pero si al interior vuelvo los ojos veo la sombra de tu mancha negra miro tu nebulosa en el vacío dar poco a poco su visión suspensa; sin el miraje de los fuegos fatuos veo la sombra de tu mancha negra. No lloras porque sé, los ojos míos saben vivir de lontananzas huecas, mirales secos y tranquilos; márchate y el flotante ataúd deposita hasta que junto a ti también tendida, nos abracemos como hermanas buenas, y otra vez enlazadas nos durmamos en el sepulcro vivo de la tierra".

Todo esto es de más allá de la tristeza, de más allá del desolado desencanto; es de otro mundo. Y tanto que las evocaciones y las figuras nos impresionan como de un sentido plástico nuevo, auténtico, lleno de gracia interior.

Sale de ese desapego de todo, una paz dulcísima que nos entra en el corazón; y sentimos que hay mucho de cosa sagrada en las palabras y en lo que no es las palabras.

Estos versos llegan tanto a lo más íntimo que nos vamos encontrando en su voz y a su luz.

Ya estamos dentro de esta paz y de este ancho e impenetrable Cielo adonde la

música es distinta, trasmutada en cosa purísima y muy lejana.

...Y otra vez el alma tendida hacia la noche, buscándose en la eternidad de su silencio:

Oh! noche embriagadora hecha de soledad y de desesperanza que brindas en tu copa de azabache y de [estrellas sobre la tierra ardiente en quietud derramada.

Noche de las delicias mudas y negativas de que gozan los muertos vivos como fantasmas, abrochando en la sombra su carnal vestidura,

marchita de enflorar la fiesta meridiana. Noche, noche infinita, rincón de los olvidados perdón de penitentes que nunca hicieron [nada

más que cargar a solas el pesado maacero sobre la ligereza cautiva de sus alas. Te espero día a día

para esconder mis horas en la paz de tu [lápida cuando las ondas vivas su vibración [aquietan

bajo la fuerza ignota de atávicos nirvanas y en invisibles soplos el numen secular su inspiración levanta del fondo de los tiempos para siempre [extinguidos,

aunque la rueda cósmica traiga sus añoranzas.

Yo no sé lo que dice tu boca abierta y muda al que obró su tienda con oro de esperanza pero yo sé que sabes con amorosa ciencia tenderte suavemente sobre el alma cansada. Tu voz dice en silencio tu eternidad futura la rúbrica del "Fin" está en tu oscura man-

[cha aunque a besarte vengan en sus carros [sonoros, con sus aureolas rubias las doncellas del [alba.

Todavía los mundos relucen en la bóveda de tu urna sagrada. Un viejo tesoro se ha dormido en los [tiempos y ha olvidado en tu fondo sus últimas al-

[hajas. Dale a los benditos que todavía sueñan tus áureas lentejuelas y tu hostia de plata y a mí, que te deseo inextinguible y única, dame la eternidad de tu silencio Hermana!

Quién no ve en todo esto un sentido de la vida, que quizá no hemos visto así de puro en nadie; quién no ha encontrado aquí una soledad profundísima y una música que es de otros mundos y de otros cielos.

En todos los poemas encontramos la misma voz finísima y honda, con el mismo matiz y la misma trascendencia mística.

"Desde la celda" nos llega más dulce y ágil que nunca la voz:

Ay de aquel que fuera un día novio de la soledad! Después de este amor supremo ¿a quién amaré? ¿Quién sin dar nada se entrega y estrecha sin abrazar? ¿Quién de un vacío tesoro hace que se pida más? ¿Qué araña invisible y muda carcelera singular teje sus rejas abiertas y el cautivo no se va? Los aldabones golpean con rumor de eternidad y el corazón solitario le responde: "Más allá". Sí, más allá de sí mismo, más allá del propio mal, amorosamente solo con su mal de soledad!"

¡Qué bello, qué original este: "amorosamente solo con su mal de soledad!"

Y ese "más allá", que es un "más allá" en profundidad, el más ilimitado, el más impenetrable y también el que en la hora más trágica de nosotros sentimos como más nuestro.

"Más allá de sí mismo". Estas son palabras que como "Y no tengo camino" concentran todo el sentido de la obra de María Vaz Ferreira.

Es tan de ella, tan de su voz, que hay una evocación que no puede vencerse; ni hay por qué vencer, porque tratándose de María Eugenia toda percepción trasciende a cosas puras y fundamentales.

Pero hay más que la música en todos estos poemas, que son Espíritu puro: el que tenga fuerza interior percibirá un gran silencio hecho de cosas profundas de las que no se puede hablar.

Dar este silencio, dar este matiz último de la experiencia espiritual, llegar a dar la luz sola, sin verso, sin palabras, sin música, sin color: esto fué lo más grande en María Eugenia, y sólo con una vidtan pura y de tan sostenida búsqueda interior puede lograrse.

Este silencio, tan difícil de oír, es lo más fino y lo más de ella que nos dió. María Eugenia lo dice desde "La Isla de los Cánticos" y sigue diciéndonos desde su cielo:

"Y quien me escuche oiga solo mi paso en la soledad".